



En defensa de la propuesta fiscal

Jorge Quiroz

No había terminado el ministro de Hacienda de anunciar la fórmula para financiar los costos del terremoto -el quinto más grande desde que existen registros en el mundo- cuando comenzó el coro de aristarcos oponiéndose. Las voces más severas vienen de la derecha, al punto que ha devenido en una suerte de competencia desatada por argumentar qué "derecha" es sinónimo de no subir impuestos bajo circunstancia alguna.

Ergo, algunos concluyen, con el más rudimentario de los silogismos, que el Gobierno empieza a parecerse a "un quinto gobierno de la Concertación". Otros han reclamado que son medidas "políticas" y no "técnicas". Tampoco han faltado quienes reclaman airadamente que prefieren ser de derecha antes que gobernar. Les contesto, usando la célebre expresión de Thomas Reed, que no tienen motivo para preocuparse: "No serán ni lo uno, ni harán lo otro".

Conviene aclarar que toda **fórmula de financiamiento fiscal es política**; hay medidas que afectan menos la eficiente asignación de recursos, pero no existe en la vida real lo que los profesores de economía enseñan en el pizarrón, los "impuestos de suma alzada", que supuestamente serían los únicos no distorsionadores.

Todas las fórmulas de financiamiento fiscal tienen pros y contras e implican decisiones políticas. Por algo la cosa se llama "política económica". Lo que algunos piden, medidas "más técnicas", son sólo un eufemismo para esconder sus preferencias políticas.

Así las cosas, el asunto debe juzgarse en el contexto político y económico. Cualquiera que haya visitado la zona centro sur del país, y particularmente la costa, no podrá sino concluir que estamos hablando de un desastre de marca mayor. La élite de Santiago no lo percibe en su total dimensión porque ha ocurrido al lado de su casa; y con lo centralizados que somos, lo que no ocurre en Santiago parece no existir para muchos.

El aumento de impuestos a las grandes empresas, transitorio, muy probablemente permitirá sentar los cimientos políticos necesarios para las grandes reformas que el país necesita y por las cuales fue elegido el Presidente Piñera: es parte de un equilibrio.

El haber financiado la reconstrucción solamente con privatizaciones y los fondos externos soberanos -los que alcanzó a dejar la Concertación- habría significado un golpe duro al tipo de cambio, y de paso habría dejado al país más vulnerable a una eventual crisis financiera internacional, la cual no debe descartarse del todo. El mayor impuesto afectará a las grandes empresas, pero el equilibrio fiscal resultante mantendrá el riesgo país bajo, y por ende mantendrá el costo de endeudamiento privado en los mercados internacionales también en niveles bajos.

La propuesta en materia de Royalty Minero, lejos de ser un cambio en las reglas del juego como algunos pregonan rasgando vestiduras, es un mecanismo de carácter voluntario, donde los que se sometan a éste podrán adquirir un derecho que antes no tenían.

El programa del Presidente Piñera es ambicioso y tiene un sentido de urgencia: recuperar la senda del desarrollo y con ello la superación definitiva de la pobreza. Pero ello pasa por reformas que requerirán doblarles la mano a grupos particulares de interés, y la legitimidad de los argumentos de éstos se verá mermada con la señal que hoy da el Gobierno: que los costos del desastre son compartidos por las grandes empresas, en abierto contraste con la caricatura con que la izquierda había pretendido representar al Gobierno ante lo que queda de sus huestes.

Estamos ante un desastre mayor. La élite de Santiago no lo percibe en su total dimensión.